

Los planes imperiales ante la prueba de la realidad

Entrevista con Gilbert Achcar

El mundo ha asistido, en julio-agosto de 2006, a una guerra de Israel contra Hezbolá y contra el Líbano entero, al mismo tiempo que una ofensiva de envergadura en Gaza contra Hamas, movimiento mayoritario en el Parlamento palestino. Para comprender mejor el alcance de estos acontecimientos a partir de las complejidades propias del terreno libanés, pero también en su contexto regional e internacional, *Mouvements* ha entrevistado a Gilbert Achcar. La entrevista tuvo lugar el 28 de agosto y fue realizada por Jim Cohen, con la colaboración de Dimitri Nicolaidis.

Mouvements: Hezbolá (Partido de Dios), actor clave de la guerra que acaba de tener lugar, ocupa a partir de ahora un lugar central en el conflicto árabe-israelí y sobre todo el tablero estratégico medio oriental. Examinemos esta organización, si te parece, en su contexto libanés y regional. En tus comentarios más recientes, subrayas las bazas políticas de Hezbolá, su legitimidad adquirida en el Líbano y más allá gracias a su resistencia contra la ocupación israelí, su papel de coordinador de una impresionante red de distribución de ayuda social, su habilidad como aparato en el paisaje político libanés, su capacidad para encontrar un apoyo bastante más allá de la comunidad chiíta. Habría hoy, en el Líbano, una poderosa dinámica de unión que incluye y refuerza Hezbolá en tanto que actor clave del sistema político. Pero habría también mucho que decir sobre su discurso político-religioso, sobre su tendencia a confesionalizar, incluso a etnizar el conflicto con Israel. Los movimientos antiguerra y antiimperialistas de izquierda se encuentran hoy con un actor a menudo mal conocido, que algunos no dudan en saludar como “aliado”, mientras que otros están más circunspectos, incluso desconfiados. Es una organización compleja y en plena mutación. ¿Cuál es tu análisis?

Gilbert Achcar: Remontémonos primero a los orígenes: Hezbolá nació en la confluencia de la onda de choque de la revolución iraní (1979) y de la situación creada en el Líbano por la invasión israelí de 1982. La revolución iraní dio un impulso formidable al integrismo islámico en el mundo musulmán ayudándole a ocupar el terreno dejado vacío por el fracaso de los nacionalismos más o menos progresistas y de la izquierda radical: el terreno de las luchas contra la dominación occidental y sus aliados despóticos locales (la revolución iraní, recordémoslo, derrocó al régimen del Sha, uno de los principales aliados de Estados Unidos en el Medio Oriente).

Hezbolá nació a partir de una radicalización en el medio chiíta libanés, el medio más receptivo a la influencia de la revolución iraní por afinidad confesional. Entre los chiítas, se encontraba ya otro movimiento comunitario, el Movimiento de los Desheredados (Amal), no integrista, pero igualmente fundado por una figura religiosa, Moussa Sadr, “desaparecido” en una visita a Libia en 1978. La invasión israelí de

1982 precipitó una radicalización en el seno de Amal y la emergencia de un ala que se reclamaba de la revolución iraní. Ésta se construyó con la ayuda directa de Teherán, entrando en el terreno de la lucha contra la ocupación. Los fondos iraníes, inteligentemente utilizados, sirvieron a Hezbolá para poner en pie una red de ayuda social y para construirse así una base de masas en el seno de la comunidad chiíta.

Hezbolá llevó al comienzo un combate feroz contra sus concurrentes en el medio chiíta. Una de las fuerzas que consideró como un rival a destruir fue el Partido Comunista libanés, cuya implantación chiíta era importante y que había tomado la iniciativa de la resistencia anti-israelí. Con los comunistas, el combate no fue sólo ideológico: se sospecha con fuerza de que Hezbolá estuviera tras el asesinato de varias de las más importantes personalidades comunistas chiítas. Tras los primeros años marcados por una competencia despiadada, Hezbolá ha establecido un *modus vivendi* con las demás organizaciones presentes en el medio chiíta (Amal, Partido Comunista libanés, Partido Nacional Social sirio, etc). Y cuando en el año 2000, Israel optó, obligado, por evacuar la última porción del territorio libanés ocupado en 1982, Hezbolá reivindicará el prestigio de esta victoria, con razón, ciertamente, pero ocultando también el papel no despreciable de las demás corrientes, laicas o de izquierda, en la resistencia.

A lo largo de los años, Hezbolá ha llevado a cabo una mutación, cobrando cada vez más importancia su estatus de partido de masas sobre su papel de organización de resistencia armada, hasta convertirse en dominante. Retomando el concepto forjado por Annie Kriegel para el Partido Comunista Francés, un sociólogo libanés ha descrito Hezbolá como una “*contra sociedad*”. De forma similar a los partidos obreros de masas, el movimiento chiíta ha organizado servicios sociales de todo tipo. Ha irrumpido en el campo político e institucional a partir de los años 1990, convirtiéndose en una de las fuerzas más importantes de la escena política libanesa. El partido dispone hoy de una fracción parlamentaria y de dos ministros. Es la fuerza, de lejos, más popular en la comunidad chiíta, la más numerosa de las comunidades libanesas: su legitimidad parece pues inatacable.

Todo lo que acabo de decir no está en contradicción con el hecho de que la ideología original de Hezbolá es integrista. Pero el integrista islámico es múltiple y diferenciado: entre una organización de masas como Hezbolá y una red terrorista “sustituista” como Al-Qaida, hay la misma diferencia que podría haber entre el Partido Comunista Italiano y las Brigadas Rojas, aunque ambos se reclamaran del “comunismo”. Washington e Israel califican a Hezbolá de “organización terrorista” y le acusan de haber llevado a cabo operaciones llamadas “terroristas”, incluso contra objetivos civiles en el Líbano o en el extranjero, incluso si está lejos de estar probado y Hezbolá lo niega. Pero en cualquier caso, hace mucho que no ha habido una sola operación “terrorista”, en el sentido de una operación que apuntase deliberadamente a civiles, imputable, o incluso imputada, al partido.

Aunque mantenga un brazo armado importante, que hemos visto actuar en la reciente guerra, la lucha armada, incluso la más legítima, se ha convertido en una actividad secundaria para Hezbolá, en comparación con sus actividades como partido político. Tras

la evacuación de 2000, las operaciones militares esporádicas del partido se han inscrito en la guerra de baja intensidad que se ha proseguido con Israel. Pero Hezbolá concluyó en 1996 un acuerdo con el gobierno israelí, intentando salvaguardar a la población civil, y lo ha respetado mejor que este último. La operación del 12 de julio que Israel ha tomado como pretexto para lanzar su agresión tenía, por otra parte, como objetivo soldados, y no civiles. Hassan Nasrallah, el jefe de Hezbolá, ha subrayado en un discurso el hecho de que su organización no había comenzado a bombardear el norte de Israel, a ciegas, visto el tipo de misiles de que dispone, más que como respuesta a los bombardeos israelíes deliberadamente dirigidos contra zonas civiles.

Otra especificidad de Hezbolá en relación a la gama del integrismo islámico tiene que ver con la especificidad del Líbano: puesto que es un país multiconfesional en el que los chiítas, siendo la comunidad más numerosa, no son mayoritarios hasta el punto de pretender un ejercicio exclusivo del poder, y puesto que una parte importante de la población no es tampoco musulmana, Hezbolá ha renunciado a aplicar su programa integrista de “república islámica” en el Líbano. Se sigue reivindicando ideológicamente del modelo iraní, pero se contenta de ser en el Líbano una fuerza política comunitaria, plenamente implicada en el juego político interconfesional, hoy a través de una alianza con el general Michel Aoun, principal figura en el seno de la comunidad cristiana maronita.

Como la casi totalidad de las corrientes integristas musulmanas, Hezbolá no pone en absoluto en cuestión el orden socioeconómico neoliberal en vigor en el Líbano. Es inútil intentar pintarlo de rojo como algunos están tentados de hacerlo en la izquierda radical. No es el papel de los progresistas sostener a Hezbolá. Su papel es oponerse a la agresión israelí, defender la soberanía del Líbano frente a todos los Estados que invaden esa soberanía, Israel y los Estados Unidos, pero también Siria, que fue ferozmente combatida por la izquierda libanesa y los palestinos en 1976. Los progresistas que quieren apoyar a la resistencia libanesa contra la agresión israelí deben apoyar a las fuerzas progresistas libanesas, que siguen existiendo. Así, el Partido Comunista libanés ha perdido muchos de sus miembros en el combate contra la última agresión israelí. La situación es a fin de cuentas bastante clásica: la historia ha conocido muchas luchas de liberación nacional llevadas a cabo por organizaciones conservadoras en el plano social.

M.: ¿Qué pensar de la retórica antisionista de Hezbolá que deriva hacia un antisemitismo muy explícito?

G.A.: Es el mismo problema que hay con el régimen iraní y las grotescas declaraciones *negacionistas* de su presidente. ¿Impide esto oponerse a toda acción militar de los Estados Unidos contra Irán? En absoluto. No se trata de forma alguna de identificarse con toda dirección, cualquiera que sea, que exprese una soberanía nacional o una resistencia nacional en un momento dado, sino de oponerse a las agresiones imperiales: en esto consiste la posición de principios. Por lo demás, corresponde a los propios pueblos encontrar su camino.

Hay que evitar dos escollos: el primero consiste en no juzgar a una fuerza más que por su ideología y llegar a discursos del tipo de los que ha mantenido reciente-

mente Bush sobre el “islamo-fascismo”. El otro escollo consiste en no ver en Hezbolá más que su defensa de la soberanía nacional, una práctica antiimperialista, que tendría por originalidad tener un barniz religioso sin importancia. Ahora bien, Hezbolá es una organización dotada de una visión de las relaciones sociales y de género que está determinado por su integrismo religioso: en estos temas está claramente anclada en la derecha.

M.: ¿Qué efectos va a producir este conflicto sobre la sociedad libanesa, teniendo en cuenta el sistema comunitario y toda una serie de oposiciones que se superponen y a veces complican el paisaje político: pro, contra, anti-sirios; grupos sociológicamente dominantes (sunitas, maronitas, drusos quizá) contra grupos dominados (chiítas, refugiados palestinos); partidarios de un cierto secularismo contra “locos de dios”; partidarios de un Líbano pro-occidental o “neutro” contra panislamistas o panarabistas; etc.

G.A.: El Líbano, desde que existe como estado independiente (con o sin comillas), es terreno de conflictos regionales e internacionales que le superan. Era uno de los teatros de los que Malcolm Kerr llamó la “*guerra fría árabe*”, así como de la Guerra Fría sin más.

En 1958, la primera guerra civil en la historia del Líbano independiente resultó del choque entre, por un lado, el impacto del nasserismo egipcio con su llamamiento a la unificación de la nación árabe inaugurada por la unión sirio-egipcia, y, por otra parte, el rechazo de esta perspectiva por una fracción de la población libanesa, principalmente entre los cristianos, y su apoyo a la doctrina Eisenhower y al pacto de Bagdad, es decir a la inserción del Líbano en el dispositivo estratégico angloamericano a escala regional.

Esta primera guerra civil se había saldado con un compromiso que instalaba en el poder al general Fouad Chehab, que gobernó según un modelo bonapartista. Este compromiso estalló en 1967 bajo el impacto de la guerra árabe-israelí, en la que el Líbano no estuvo implicado directamente, pero cuyas consecuencias sufrió puesto que llevó a la radicalización de los palestinos. Siendo el Líbano, tras Jordania, el país que acoge al mayor número de refugiados palestinos, esto tuvo naturalmente consecuencias, amplificadas por la radicalización de una fracción de los libaneses, mientras que otra fracción se echaba de nuevo en los brazos de Washington.

Es esta situación la que desembocó en 1975 en el desencadenamiento de una guerra civil que fue también una guerra regional e internacional en el suelo libanés. Tras haber primeramente apoyado a la izquierda y a la OLP, Siria envió su ejército en 1976 para socorrer a las fuerzas de la derecha cristiana, con la bendición de Washington y una luz verde israelí. Pero esta entente sirio-americana se rompió al cabo de un año con un nuevo cambio de las posiciones: un verdadero “rompecabezas” para un observador no familiarizado con el tema. La guerra civil fue concluida en 1990 por el restablecimiento de la misma entente. En efecto, cuando Iraq invadió Kuwait en agosto de 1990, el dictador sirio Hafez al-Assad se unió a la coalición dirigida por Washington en la guerra contra Bagdad. Esto abrió la vía a una renovación del compromiso sirio-saudita-americano que permitió estabilizar de nuevo la situación en el Líbano y se tradujo en los años 1990 por la instalación de Rafic Hariri en el centro

de la escena política libanesa. Próximo colaborador de la familia reinante saudita, Hariri gobernó de acuerdo con los sirios y con la presencia de su ejército, cuya partida inmediata no exigía nadie, puesto que el Estado libanés estaba por reconstruir y le era necesario de forma provisional un “ejército en alquiler”.

Fue con la segunda guerra de Iraq en 2003 cuando este acuerdo se rompió de nuevo. El sucesor de Hafez al-Assad, su hijo Bachar, adoptó una actitud de rechazo categórico de la invasión americana, precipitando la ruptura con los americanos y los sauditas. Hariri entró entonces en conflicto con el presidente de la república prosirio. Tras la invasión de Iraq, Estados Unidos se volvió contra Siria esforzándose por sacarla del Líbano, de ahí la resolución 1559 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (2004). En este asunto, Francia, contrariamente a su actitud a propósito de Iraq, ha colaborado plenamente con los Estados Unidos. En el primer caso, intereses contradictorios animaban a París y Washington en cuanto a las intenciones sobre el petróleo iraquí. En el Líbano en 2004, en cambio, hubo una “convergencia competitiva” de intereses entre París y Washington, en el sentido de que París corteja muy activamente al reino saudita, “reino protegido” de los Estados Unidos, y al mismo tiempo, uno de los principales clientes de las industrias de armamento francesas. Esto está reflejado en la “gran amistad” entre Chirac y los Hariri, amigos de los sauditas.

La resolución 1559 demanda la retirada de las tropas sirias del Líbano y el desarme de Hezbolá. En la óptica estadounidense, se trataba de romper lo que Washington y sus aliados árabes llaman el “creciente chiíta” -expresión del rey jordano- es decir el eje regional que tiene por epicentro Teherán, pasa por los chiítas en Iraq, el régimen sirio (que no es chiíta) y Hezbolá, y al que hay que añadir el Hamas palestino sunita.

La retirada de las tropas sirias tuvo lugar en 2005, pero no gracias a la resolución 1559, a la que Siria opuso un rechazo categórico con el apoyo del gobierno prosirio entonces en Beirut. De hecho, la retirada fue precipitada por la movilización de masas que siguió al asesinato de Hariri en febrero de 2005, creando en el Líbano una situación insostenible para Damasco.

Estos acontecimientos provocaron al mismo tiempo nuevas tensiones confesionales en el país, tras años de calma. Tomaron la forma de dos manifestaciones gigantes y contradictorias en marzo de 2005: de una parte, una alianza amplia en la que se encontraron las principales fuerzas cristianas, sunitas y drusas, y del otro, lo esencial de las fuerzas chiítas y fuerzas minoritarias prosirias de las demás comunidades.

La tensión bajó sin embargo con las elecciones que siguieron a la salida de las tropas sirias y encabezadas por una gran coalición que iba desde las fuerzas antisirias, llamadas del 14 de marzo (fecha de su manifestación gigante) a las fuerzas chiítas, entre ellas Hezbolá. No era, ciertamente, más que un matrimonio de conveniencia para el reparto de los escaños parlamentarios. Solo quedaron excluidos de la gran coalición los prosirios no chiítas y el general Aoun.

Un acontecimiento muy importante en este contexto fue el giro de este último tras las elecciones. Aoun había llevado a cabo una “guerra de liberación” contra Siria, hasta su salida al exilio en 1990. Al llegar de nuevo a un acuerdo Damasco con Washington ese año, se encontró completamente aislado y tuvo que partir al exilio

a Francia, para volver al Líbano sólo tras la salida de las tropas sirias. Algunos meses más tarde, ante la sorpresa general, llegaba a una alianza con las fuerzas pro-sirias, incluido Hezbolá, explicando en sustancia: “*Ahora que el ejército sirio se ha ido, estoy a favor de relaciones amistosas con nuestro vecino sirio*”. A Aoun le resulta fácil rechazar toda puja antisiria, pues las demás fuerzas políticas -entre ellas los dirigentes del 14 de marzo, con excepción del cristiano de extrema derecha Geagea- han colaborado con Damasco. Su cálculo, es que la alianza con los chiítas, la comunidad más numerosa, así como su propia popularidad, muy fuerte en medio maronita, le permitirán acceder a la presidencia.

Esto presenta al menos la ventaja de impedir que la línea de fractura oponga a las dos principales comunidades libanesas, los chiítas y los maronitas, constituidas en bloques mayoritarios homogéneos, lo que favorecería una dinámica de renovación de la guerra civil confesional. La fractura pasa en adelante en el seno mismo de la comunidad maronita entre Aoun y las “Fuerzas Libanesas” de Geagea. La comunidad sunita está igualmente dividida, aunque de forma netamente más desigual. Las otras comunidades -chiítas, drusos- lo están mucho menos.

M.: Los estrategas israelíes han comprendido mal esta dinámica de recomposición.

G.A.: El cálculo de Israel era empujar a la mayoría gubernamental libanesa a actuar contra Hezbolá, pensando que los bombardeos crearían las condiciones políticas apropiadas. Sin embargo, la brutalidad de la agresión, los bombardeos, el bloqueo, la toma como rehén del conjunto del país, han tenido el efecto inverso de soldar a la población, de hacer callarse las voces que criticaban a Hezbolá. La popularidad de Hezbolá ha aumentado, no sólo entre los chiítas donde es más hegemónica que nunca, sino incluso más allá, en el conjunto de la población libanesa, incluso si las tensiones confesionales pueden aún retomar un primer plano.

Hoy las maniobras políticas han comenzado en el Líbano para una remodelación ministerial que permita la participación del movimiento de Aoun, que ha permanecido hasta ahora en la oposición. Nasrallah, el jefe de Hezbolá, que da pruebas de inteligencia política, tiene cuidado de no exacerbar las tensiones confesionales. Mantiene un discurso de unidad nacional y mantiene un perfil relativamente bajo, a pesar del prestigio de su organización. Valora mucho la alianza con Aoun.

M.: ¿Sería por este tipo de razones por las que ha declarado, a finales de agosto, que si hubiera podido conocer de antemano la amplitud de la respuesta israelí, se habría abstenido de la operación del 12 de julio?

G.A.: Esta declaración está en el mismo espíritu del discurso que mantiene desde la adopción de la resolución 1701 por el Consejo de Seguridad. Es un discurso mucho menos fanfarrón que el que ha podido tener al comienzo de las operaciones israelíes, un discurso de victoria, muy fuera de lugar vista la violencia israelí. Nasrallah ha moderado su discurso, pero manteniendo, por supuesto, *líneas rojas*. Hezbolá no aceptará desprenderse de su brazo armado más que si ciertas condiciones son dadas: liberación de la región llamada de las granjas de Chebaa que Israel ocupa desde 1967, puesta en pie de un gobierno y de un ejército dispuestos a de-

fender la soberanía nacional (lo que no es el caso del ejército libanés actual, es cierto). “Mientras estas condiciones no sean cumplidas, no nos desarmaremos”, dice Hezbolá en sustancia, “pero no haremos nada tampoco para dar un pretexto a Israel para continuar con la ocupación del país. Vamos por tanto a ocultar nuestras armas en la zona de la Finul, al sur del río Litani, pero no las entregaremos”.

Es igualmente lo que ha sido negociado por el momento, por parte europea, para las tropas de la FINUL (Fuerza Interina de las Naciones Unidas para el Líbano): las armas visibles serán confiscadas, pero la FINUL no intentará desarmar activamente a Hezbolá (registros, etc.) Este compromiso no gusta a Washington, y aún menos a Israel, que intentan ya hacer crecer las tensiones y presionan a favor de medidas más enérgicas. Pero la actual mayoría gubernamental en el Líbano prefiere una solución política. Visto el grado de implantación de Hezbolá y lo que acaba de demostrar, toda tentativa de desarmarla por la fuerza desencadenaría una nueva guerra civil devastadora a un precio terriblemente elevado en vidas humanas y sin garantía de éxito. El país está en búsqueda de un compromiso. Toda la cuestión está en saber si un *modus vivendi* duradero podrá ser encontrado, lo cual está lejos de ser seguro.

M.: ¿Cuál es tu lectura política de la fuerza multinacional que se pone en pie y como explicas las dudas iniciales de Francia para jugar un papel central en el despliegue de esta fuerza?

G.A.: La resolución 1701 (agosto 2006) es una segunda copia revisada, tras un primer proyecto franco-americano. Al comienzo de la crisis, Washington bloqueó durante varias semanas toda tentativa de negociar una resolución en el Consejo de Seguridad, intentando dejar tiempo a Israel. Sólo cuando se hizo claro que la estrategia militar israelí no triunfaba, Washington desbloqueó el proceso en la ONU, intentando a partir de ahí prolongar mediante una intervención internacional la acción que Israel no había logrado: el desarme de Hezbolá. El primer proyecto de resolución franco-americano iba bastante lejos en esta dirección, basándose en el capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas que permite el recurso a la fuerza. Hezbolá se opuso a él resueltamente y el gobierno libanés reflejó su posición, de forma que el primer proyecto se hundió. París, solicitada para proporcionar la columna vertebral de la fuerza internacional, afirmó claramente, por su parte, que no se podía ir al Líbano sin acuerdo político con las diferentes partes (ver la entrevista de J. Chirac a *Le Monde*, 27 de julio 2006). El argumento era: “¿Que no se nos pida hacer el trabajo que Israel no ha logrado hacer!”. Hubo, se sabe, una puesta en guardia al poder político por parte del ejército francés, que no tiene ganas de ir a un tiroteo al Líbano. El ejército francés reclamaba pues un acuerdo político previo a su despliegue, para evitar encontrarse en un sitio peligroso.

La resolución 1701 invoca el capítulo VI más que el capítulo VII: se trata de poner en pie una fuerza de interposición, de “mantenimiento de la paz”, y no una fuerza de imposición. Se encuentran en ella, sin embargo, formulaciones ambiguas que remiten más a una misión definida en el marco del capítulo VII. Washington y París han cedido sobre el proyecto de crear una nueva fuerza, aceptando colocarse en el marco de la UNIFIL a la vez que se amplía su mandato. A esta fuerza se le su-

pone apoyar al ejército libanés. París afirma: “Apoyaremos al ejército libanés si lo necesita, pero no haremos las cosas en su lugar”. Washington e Israel presionan a sus aliados a favor de una confrontación con Hezbolá, mientras que los franceses, el gobierno libanés y, tras ellos, los sauditas, están poco inclinados a realizar una prueba de fuerzas por temor a una derrota.

Es cierto que Hezbolá no tiene más que algunos miles de combatientes entrenados, pero tiene una formidable capacidad de movilización y ha dado la prueba de una eficacia y una determinación temibles: algunas decenas de combatientes en Bint-Jbeil han hecho fracasar al ejército israelí, durante varios días, a pesar de su considerable ventaja en medios y número. La popularidad de Hezbolá está ahora reforzada por el papel que juega en la reconstrucción de las zonas devastadas, con la ayuda de Irán, de forma que el desastre sufrido por los chiítas no pueda ser explotado contra él. La ayuda generosa prodigada por Hezbolá hace que goce, al contrario, de una gratitud popular que crece su prestigio.

M.: La intervención israelí contra Hezbolá y contra toda la sociedad libanesa estaba concebida desde hacía mucho. Es algo que ahora sabemos. El secuestro de los dos soldados israelíes era un simple pretexto. ¿Cómo explicar el ritmo del desencadenamiento de las operaciones del lado israelí?

G.A.: Israel ha puesto a punto su estrategia desde 2004, en efecto, en concertación con Washington, esto es ahora bien conocido. Se trataba de asestar un gran golpe contra Hezbolá y crear al mismo tiempo las condiciones para que el gobierno libanés acabara la tarea. Para realizar este plan, era necesario un pretexto político, como ha reconocido recientemente el jefe del estado mayor israelí. La operación de Hezbolá del 12 de julio proporcionó este pretexto permitiendo a Israel invocar la “legítima defensa”. No son pues los israelíes quienes han decidido el ritmo, sino más bien Hezbolá.

Nasrallah ha admitido ahora que fue un error. En su primer discurso tras el comienzo de los combates, había revelado que la operación de Hezbolá había sido preparada desde hacía varios meses, con el objetivo tomar rehenes para cambiarlos contra los presos libaneses aún detenidos en Israel. Lo que no ha dicho, es que se trataba, por la misma ocasión, de confirmar la legitimidad nacional de Hezbolá. Pero era, en efecto, un acto bastante mal pensado (lo he dicho junto con otros desde el comienzo), porque estaba claro que Israel iba a tomarlo como pretexto para una operación de gran envergadura. Los israelíes habían tomado el pretexto de la captura del soldado Shalit para golpear fuerte en Gaza; ¿cómo pensar que no iban a hacer lo mismo, o mucho más, frente a Hezbolá? El error de juicio es evidente.

M.: ¿Cuál es el papel de Hamas, organización sunita, en este “eje chiíta” que se ha convertido en la obsesión de los Estados Unidos y sus aliados árabes?

G.A.: La alianza con Hamas es una pieza fundamental de la estrategia iraní. Ciertamente, Hamas no es una “marioneta” de Irán, bastante menos aún que Hezbolá. Pero sus referencias sunitas constituyen una gran ventaja para Teherán en la confrontación con los regímenes árabes aliados a Washington. Estos últimos, todos sunitas, han intentado contrarrestar el avance iraní atizando el factor confesional, estigmatizando a los chiítas. Irán responde subiendo la apuesta islamista. Siendo

Hamas el representante más prestigioso del integrismo islámico sunita por su situación en Palestina, proporciona a Teherán una poderosa baza. Los Hermanos Musulmanes egipcios, que constituyen la principal rama de la matriz integrista sunita de la que Hamas salió y una fuerza popular importante en su propio país, toman cada vez más posiciones de apoyo a Irán. En la reciente guerra, la tentativa de El Cairo, de Riyad y de Amman de denunciar a Hezbolá y a Hamas como aventureros ha sido un fracaso total en la opinión pública del mundo árabe, sunita en su amplia mayoría, que se entusiasma con las dos organizaciones aliadas a Teherán.

M.: En un reciente artículo, hablas del “barco a la deriva de los planes imperiales estadounidenses” [*“Los planes imperiales de los EEUU son un barco que se hunde”*, *VIENTO SUR* n° 88] pero al mismo tiempo reconoces, por tomar otra metáfora, que una fiera herida puede hacer aún mucho mal. Esta guerra constituye un buen ejemplo de ello, puesto que su inspiración era, en parte, norteamericana. Algunos, alrededor de Bush, habrían estado incluso tentados por la idea de atacar, o de empujar a los israelíes a atacar, a Siria. ¿Hasta donde puede ir la administración Bush en Medio Oriente en la situación actual? Teniendo en cuenta las múltiples dificultades a las que se enfrenta en el tema nuclear iraní, ¿tienes la impresión de que se prepara realmente una operación militar de envergadura, bajo pretexto de disuadir a Irán, unilateralmente si es preciso, de proseguir su programa de enriquecimiento de uranio? En definitiva, ¿por qué vías misteriosas pasa la racionalidad estratégica de la administración Bush?

G.A.: Para ligar las dos metáforas, el barco de los planes imperiales estadounidenses está efectivamente naufragando: no se ha hundido, cierto, pero tiene vías de agua, al menos en Oriente Medio (no generalicemos más de lo necesario). Esta región constituye sin embargo el eje estratégico prioritario de la ofensiva imperial de la administración Bush, y es evidente que está en una situación difícil: en Irak, la ocupación se atasca y no llega a controlar la situación. El Pentágono está, en fin, confrontado a una realidad que habría debido ser evidente desde el comienzo, a saber, que la tecnología militar avanzada puede permitir destruir todo lo que se quiera, pero no permite, ella sola, controlar a las poblaciones.

El Pentágono está confrontado con una crisis de recursos humanos. Tiene muchas dificultades para reclutar soldados. Contrariamente a todo lo que se ha podido decir, el famoso “síndrome vietnamita” sigue aún muy vivo, e incluso se ha acentuado con la guerra en Iraq. La “hiperpotencia” americana no es todopoderosa. Su verdadero talón de Aquiles, es la población americana: será determinante para vencer al imperio. Nadie podrá hacerlo nunca desde el exterior, por un “cerco”, eso es impensable.

La otra metáfora es también válida, la del animal herido. Estados Unidos están perdiendo en varios terrenos: situación en Iraq que no para de degradarse, pérdida de credibilidad disuasiva convencional, revés humillante en Líbano. Está claro que Irán no teme una invasión americana hoy, porque sabe claramente que Estados Unidos no tienen los medios para ello. Tienen los medios tecnológicos para destruir todo Irán, cierto, pero no tienen los medios para ocupar el país, puesto que no llegan siquiera a controlar Iraq con una población mucho más reducida y que, al

principio, estaba gobernada por un régimen, el de Sadam Hussein, cuya base social era bastante más reducida que la del régimen iraní.

En cuanto a una agresión contra Siria, ciertos medios, principalmente entre los neo-conservadores, la desean. Pero ni el núcleo de la administración Bush (tanto Rumsfeld como Condolezza Rice) ni los israelíes la quieren. Consideran, con razón, que un derrocamiento del régimen sirio crearía una situación más peligrosa que no les sería útil. Los israelíes dicen claramente que no quieren un nuevo Iraq en sus fronteras, principalmente en la más tranquila de sus fronteras, la línea de demarcación con Siria. Puesto que no hay alternativa fiable al régimen de Damasco, y puesto que la experiencia iraquí muestra que este tipo de aventura puede degenerar rápidamente, no están tentados de embarcarse en ella hoy. La “sabiduría” predominante, apoyada por los europeos, consiste más bien en decir: “Hay que intentar separar Siria de Irán, manejando el palo y la zanahoria, pero manteniendo conversaciones”.

Por el contrario, en lo que a Irán se refiere, creo que hay un fuerte riesgo, no de invasión sino de ataques, sin la participación de los europeos, pues no veo a Europa apoyar una operación de este tipo, aterrorizada como está por sus probables consecuencias. Para ello es preciso, en efecto, una muy fuerte dosis de aventurerismo imperial como sólo algunos miembros y amigos de la administración Bush –los nuevos doctores *Strangelove*- pueden tener. El grueso de la clase política americana hoy ve, sobre todo, los enormes riesgos inherentes a una tal operación. Puede tener la tentación de lanzar a los israelíes contra Irán, como les han incitado a actuar contra Hezbolá. Pero todos están obligados a contar hasta mil antes de lanzarse, precisamente porque saben que los medios de respuesta de Irán son considerables. En Irak principalmente, bastaría con que los iraníes decidieran desencadenar una insurrección chiíta generalizada contra los Estados Unidos para hacer su situación, ya difícil, completamente insostenible.

Sin embargo, no se puede excluir enteramente una agresión contra Irán: la fiera herida... Luego está la cuestión de las próximas elecciones americanas (noviembre de 2006). Los republicanos corren el riesgo de perder el control del Congreso. Podrían creer que una acción contra Irán sería fructífera para ellos. ¿Irá la administración Bush hasta la locura irresponsable de ataques militares contra Irán? ¿Se contentará con sanciones, de las que de antemano se sabe que serían ineficaces? Queda por verse, pero en cualquier caso, esta administración ha ya merecido con claridad el título de la peor tripulación que haya estado nunca en el puesto de mando del navío imperial estadounidense.

Gilbert Achcar es politólogo. Militante de la IV Internacional, enseñante en la Universidad de París VIII e investigador asociado al Centro Marc Bloch (Berlín). Su libro *Le Choc des barbaries* (2ª edición 10/18, 2004) ha sido traducido a varias lenguas y su libro de diálogos con Noam Chomsky, *Perilous Power*, aparecerá próximamente (Penguin, Londres, para la edición original, Fayard, París, para la edición francesa).
